

OCT. 24 - PALABRAS MÓNICA SANTAMARINA

Buenos días, tardes o noches a todos, donde quiera que se encuentren y gracias por acompañarnos!!!

Gracias otra vez Señor Embajador por habernos acogido.

Buenas tardes a los panelistas en este encuentro, a quienes ya iremos presentando. A todos ellos nuestro reconocimiento por la gran labor que están realizando en la Asamblea Sinodal y por haber sacrificado parte de su día de descanso para compartir con nosotros sus experiencias de estos últimos años, así como sus propuestas en cuanto a los cambios necesarios para facilitar la plena participación de las mujeres en una Iglesia sinodal en misión que pueda responder a los desafíos pastorales de hoy.

Gracias finalmente a Sister Nathalie Becquart, aquí con nosotros, a quien esta naciente Iglesia sinodal tiene tanto que agradecer.

Está por terminar la segunda fase de la Asamblea Sinodal y, con ella, uno de los pasos fundamentales de este proceso que inició hace ya algunos años. La UMOFC ha venido acompañando este caminar del Pueblo de Dios y ha participado en sus diversas instancias a través de su Observatorio, su Escuela de Sinodalidad y con sus más de 8 millones de mujeres en el mundo. Mujeres que, como el resto de las mujeres en la Iglesia, tenemos mucho que aportar y esperamos, con gran ilusión y esperanza, que en esta nueva Iglesia sinodal, que juntos estamos formando, se abran caminos que nos permitan enriquecerla con todos los carismas, talentos y dones que el Señor nos ha dado.

Hay tanto que hacer para llevar el amor de Dios a nuestros hermanos, (a este mundo que “parece haber perdido el corazón, según el sentir de la reciente Encíclica del Papa Francisco: DILEXIT NOS); hay tanta gente que sufre violencia, abandono, desesperanza, pobreza...; hay tantos jóvenes que van por la vida sin una luz que los guíe o los anime en su camino; tantas guerras y amenazas a la paz; tantos niños

desamparados, familias desintegradas, mujeres solas, migrantes desesperados y ancianos abandonados...

Los problemas del mundo de hoy exigen soluciones nuevas y la Iglesia ha de estar preparada para ofrecerlas a todos los niveles. Para ello debe contar con la valiosa e indispensable colaboración plena y corresponsable de más de la mitad de sus miembros: las mujeres.

Las mujeres queremos ser incluídas porque tenemos mucho que dar; porque nuestra participación en los procesos de decisión, con nuestra propia experiencia y perspectiva, seguramente enriquecerá y humanizará los consejos de pastoral, dicasterios y demás organismos eclesiales, a todos los niveles; porque nuestra sensibilidad y solidaridad hacia los más vulnerables, ciertamente acercarán el rostro de Jesús a los más necesitados; porque nuestra capacidad de acoger a los más vulnerables ayudará a que “nadie se quede fuera”; porque nuestra fortaleza, que ha sido puesta a prueba tantas veces, ha “pasado la prueba del crisol”.

Sin duda se ha avanzado mucho en los últimos años, especialmente con el Papa Francisco. Las mujeres somos cada vez más tomadas en cuenta: se nos invita a participar en altos niveles de Dicasterios, consejos pastorales y otros organismos eclesiales en el mundo; incluso se nos ha dado la oportunidad de participar y votar en esta Asamblea sinodal.

Hoy se nos valora y escucha cada vez más, especialmente a raíz del inicio del proceso sinodal. Pero todavía queda mucho por hacer, especialmente en algunas regiones del mundo. Es necesario orar, escuchar, dialogar, discernir, planificar e invertir tiempo y dinero. Es indispensable además un cambio de mentalidad y una auténtica conversión de corazón de todos, hombres y mujeres; laicos, religiosos, sacerdotes y obispos. Es necesaria una auténtica metanoia.

Además, para poder aportar todo lo que somos y tenemos los laicos y, en particular las mujeres, necesitamos tener más y mejores oportunidades de formación a todos los niveles de la Iglesia, así como mayor participación en la formación de otros, especialmente de seminaristas. Ellos serán los sacerdotes para todos y todos debemos de ser parte de sus programas de formación. También en eso se han dado ya grandes pasos, pero hay que continuar.

Las mujeres queremos ser valoradas y acogidas. Que nuestro liderazgo se reconozca, no por un afán de protagonismo, sino porque la Iglesia y el mundo nos necesitan y deseamos responder mejor al llamado. Queremos caminar junto con los demás miembros del Pueblo de Dios, cada uno desde nuestra propia vocación, carismas y ministerios, pero todos juntos, todos tomados en cuenta tanto para el trabajo como para las decisiones.

Sabemos que el camino no ha sido ni será fácil y que todavía hay muchos obstáculos a superar. El clericalismo, sin duda, sigue dejando fuera de la tienda a una gran parte del Pueblo de Dios. Pero estamos convencidas de que este proceso sinodal irá abriendo cada vez más puertas. Sabemos que mientras más se experimenten sus beneficios y se conozcan sus frutos, más oportunidades se abrirán para que las mujeres pongamos nuestros dones al servicio de la Iglesia y de los más necesitados. Estamos seguras de la razón de nuestra esperanza.

El día de hoy, poniéndonos en las manos del amor humano y divino del corazón de Jesús, invito a nuestros panelistas a que nos sugieran pasos concretos para seguir abriendo caminos a fin de que la Iglesia se siga transformando con la participación plena y corresponsable de todos sus miembros y pueda así dar luz a ese mundo que “parece haber perdido el corazón”.

Muchas gracias!

Palabras finales

Gracias sister Natalie y gracias a todos nuestros panelistas que tanto nos han enriquecido con sus testimonios.

Como nos han dicho hoy, de distintas maneras, ser una Iglesia sinodal es ser una Iglesia en donde todos cuentan y todos importan. Habremos de buscar que, a todos los niveles de la Iglesia, poco a poco se normalice la inclusión de las mujeres en los puestos administrativos y de decisión que no requieran de ministerios ordenados. Habrá que replantear los roles pastorales de las mujeres y los ministerios ya existentes para que sean más inclusivos para las mujeres y, por supuesto, habrá que pensar en crear algunos nuevos. Tendremos también que abrir caminos para reforzar la formación de los laicos y, en especial, de las mujeres en toda la Iglesia. Estoy segura de que las mujeres nos animaremos y que, con la preparación adecuada, generosidad y osadía, sabremos asumir los roles y liderazgos que el Señor nos vaya poniendo en el camino, convencidas de que tenemos la capacidad y los dones para hacerlo y de que Él estará siempre caminando a nuestro lado.

La sinodalidad solo será posible si todos los miembros del pueblo de Dios participamos plenamente en ella. Si estamos informados y formados. Si todos somos visibles y aprendemos a escucharnos unos a otros y a discernir juntos, en el Espíritu, para tomar las mejores decisiones. Lo importante es ser una Iglesia sinodal unida y fuerte, cada vez más abierta a todos, que pueda iluminar al mundo y llegar a los que más la necesitan.

Termino leyendo un pequeño párrafos del Papa Francisco en su Bula *Spes Non confudit*, donde anuncia el año jubilar: *“El Año jubilar podrá ser una oportunidad significativa para dar concreción a esta forma sinodal, que la comunidad cristiana advierte hoy como expresión cada vez más necesaria para corresponder mejor a la urgencia de la evangelización: que todos los bautizados, cada uno con su propio carisma y ministerio, sean corresponsables, para que*

por la multiplicidad de signos de esperanza testimonien la presencia de Dios en el mundo.” (No. 17)

Muchas gracias a todos y esperamos verlos pronto en el próximo encuentro de nuestra escuela de sinodalidad.